

BOLETÍN

DE LA

Real Academia Sevillana de Buenas Letras

AÑO I

LUNES 31 DE JULIO DE 1899

NÚM. 7

DISCURSO

LEIDO ANTE LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS POR
EL SEÑOR D. JAVIER LASSO DE LA VEGA Y CORTEZO, EN LA
RECEPCIÓN DEL DÍA 25 DE NOVIEMBRE DE 1883.

(Continuación)

¿Qué es la inspiración? Es la concepción de una idea que asombra por la grandeza de sus resultados y que surge en ausencia de toda meditación y todo esfuerzo; mas como no se comprende combinación sin elementos, ni efecto sin causa, debemos admitir que esta concepción es hija de un esfuerzo más ó menos imperceptible, más ó menos inconsciente, pero siempre necesario, y, por tanto, la ausencia de todo esfuerzo en la inspiración será aparente, pero no real. Hay una energía, una atracción, una fuerza que produce la idea: será tan inconsciente, tan involuntaria como la contracción del iris ó la nutrición de la retina; mas esto sólo demostrará que hay en el espíritu impulsos y actos espontáneos. Y en efecto, así como los elementos nutritivos y constituyentes de nuestra economía se descomponen, se absorben y modifican y combinan, impulsados por innúmeras acciones y reacciones, sin punto de reposo ni momento de inercia, del mismo modo las representaciones

adquiridas son arrastradas en perpétuo movimiento, perdiendo su unidad, reuniéndose en nuevas síntesis y modificándose incesantemente; he aquí por qué, cuando reaparecen ante la conciencia, vuelven alteradas y variadas. Si siempre asistiéramos al trabajo de combinación que se opera entre los recuerdos, nunca seríamos juguete de ciertas ilusiones y alucinaciones. Y es que la serie de nuestros pensamientos no es producida por nosotros: es la vida misma del espíritu, dice un ilustre escritor; es una corriente que comienza sin que lo sepamos; sube á veces á la superficie, admirándonos con sus combinaciones, y se pierde de nuevo en el torbellino de la vida, sin que basten á detenerla los mandatos de la voluntad ni los desfallecimientos de la reflexión.

La imaginación asocia y disocia los elementos conservados en la memoria, y forma combinaciones ó imágenes que presenta á la conciencia, mas no le permite inspeccionar el delicado y exquisito trabajo con que las elabora.

El pintor que imagina un paisaje, ve combinados ya en sus representaciones los elementos que han de constituirlo; más ó menos bello, surge formado, según la frase consagrada, de una sola pieza; mas como la imagen que se representa no es la de un recuerdo que conserva íntegro en la memoria, sino una creación caprichosa de la fantasía, claro es que ésta ha debido reunir uno á uno sus elementos, y, sin embargo, por mucha atención que el artista preste, siempre pasa desapercibido para él, no sólo este trabajo de composición, sino el de descomposición que le precede, y en cuya virtud los recuerdos de las imágenes reales ceden sus propiedades y atributos para que sirvan de materiales á la imagen ideal. La fantasía se apodera de ellos, los combina, y cuando, por su cohesión con otras asociaciones, surgen ante la conciencia formando imágenes ó ideas tan llenas de originalidad y grandeza que constituyen una verdadera creación, el hombre de genio se admira, porque conoce el resultado, mas no los procedimientos para engendrarlo: en su obra hay algo que no puede explicar por sus conocimientos adquiridos; conceptos que le aturden y que ha producido sin conocerlos ni sospecharlos: aquella creación no es suya; es obra de un pensamiento inconsciente: le es tan ajena como la circu-

lación de su sangre; se realiza en él, mas no es él quien la realiza.

No es, pues, extraño que se crea objeto de una revelación celeste; que extasiado examine su creación, la contemple con arrobamiento y acabe por rendirle su tributo de admiración, aplaudiéndola sin inmodestia, con la sinceridad con que se aplaude lo que no es obra propia. Prometeo, encadenado, recogió de las manos de Esquilo el primer aplauso que alcanzó su rebelde y sublime audacia; la concepción primera del Juicio final conmovió antes que otro alguno el corazón de Miguel Ángel; Mozart se sorprendía á sí mismo embelesado por aquellas armonías que engendró, según sus frases, sin tomar parte en su producción; Fra Angélico atribuyó á intervención celeste la belleza de sus místicas creaciones; Montañés, confundido y extasiado, dudó si era obra suya la imagen de Jesús; Newton, al ver que se comprobaba su hipótesis, se sintió de tal modo embargado por la emoción, que no pudo terminar su cálculo; y el primer dramaturgo de la tierra debió estremecerse de admiración y espanto, si vió aparecer súbitamente en sus ensueños de poeta la trágica visión del rey Lear, errante por los campos en siniestra noche, extraviado por la oscuridad, herido por la maleza, aterido por el frío, azotado por el huracán, ensordecido por el trueno, amenazado por el rayo, agobiado por la edad, perdido su reino, abandonado por las hijas á quienes dió su trono, expuesta á las inclemencias de la lluvia la cabellera de nieve que el vendabal desordena, aniquilada la razón por la abrumadora idea fija de la ingratitud filial y levantando á la luz de los relámpagos las crispadas manos para decir, con inaudita elocuencia, á los elementos desencadenados: «heridme, que no seriais ingratos por eso; vosotros no soís mis hijos: yo no os he dado la vida; ni fuísteis los objetos de mi amor, ni os regalé mi reino y mis tesoros, ni os arrullé jamás en mi regazo.»

Mas esta primera concepción, con ser tan grande, no basta aún para lograr el resultado apetecido. Esa espontaneidad instintiva, ese automatismo inconsciente, esa intuición sublime del espíritu ha dicho á Newton, presenciando la caída de la manzana, que existe una fuerza en cuya virtud, como canta un poeta, el Universo cuelga y nada cae; ha revelado á Galileo, ex-

tasiado en la catedral de Pisa ante las oscilaciones de una lámpara, las leyes del movimiento de la tierra; ha enseñado á Gutenberg, que miraba las huellas de la corteza en el pergamino, el modo más veloz de difundirse el pensamiento; ha inspirado á Darwin, mientras estudiaba la obra de Malthus, su atrevida hipótesis del origen de las especies; ha revelado á Colón que allende el Océano, sobre minas de oro, entre blancas espumas y rojos corales, florecen vergeles encantadores como paraísos; ha puesto ante el mayor coloso de nuestra patria aquel supremo contraste entre el hidalgo enamorado, poeta, soñador, á cuyos ojos todo se perfecciona y engrandece, desde la bacía que se trueca en yelmo y el molino que se trasforma en gigante, hasta la asturiana que se convierte en princesa, y el escudero villano, malicioso, amigo de lo real, que llama molinos á los molinos y Maritornes á la asturiana, pero que acaba por ver la sangre del moro en el rojizo mosto y las cabrillas desde Clavileño, porque el plebeyo sentido común, con todo su espíritu práctico, corre siempre embaucado tras las quiméricas pero sublimes locuras del idealista; mas estos pasmosos genios, aun alcanzando estas gigantescas creaciones, estas intuiciones portentosas, no han hecho más que soñar ficciones que la realidad puede desmentir, conatos de hipótesis que acaso la reflexión desvanezca, y gérmenes de grandes obras que pueden marchitarse antes de nacer. Aquella revelación extraordinaria que parece bajada del cielo, que no les ha costado sacrificios, que como toda concepción da gratas sorpresas, fruiciones infinitas y deliciosos estremecimientos, exige para no ser estéril que el fecundo germen arraigue en el pensador ó el artista, le imponga sacrificios, viva su vida, se agite en su seno, conmueva sus entrañas y le cueste una gestación larga y penosa, para que un día sea dado á luz sonriente y vivo, entre las convulsiones del alumbramiento y los relámpagos de la inspiración.

Antes de proseguir, conviene hacer una observación indispensable.

No siempre reviste la idea primordial de la obra este carácter de espontaneidad, de impremeditación y rapidez. Salvas gloriosas excepciones, la creación es voluntaria, porque el hombre no carece enteramente de acción sobre este mundo in-

terior; pero creación no voluntariamente producida, sino voluntariamente provocada. ¿Podemos hacer que aparezca una flor sobre el pavimento? Inmediata y directamente, nó; mas si enterramos el germen y le proporcionamos humedad, calor, luz, etc., la flor aparecerá. El florecimiento de una planta se logra, pues, mediante cierto determinismo, mediante la acción de ciertas condiciones. En el mismo caso se halla el genio: ya para alcanzar la idea madre, ya para desarrollarla, prepara voluntariamente el conjunto de condiciones, el determinismo necesario para que surja la inspiración.

Las exigencias á que ha de responder la obra, el objeto de la máquina, el destino del cuadro, la inducción atrevida que los conocimientos contemporáneos condenan por inaudita y que la lógica rechaza por temeraria, se retienen fijamente en la conciencia; el germen es, pues, en este caso, una idea sin fundamento probado, un concepto vago y mal definido, especie de balbuciente invocación que resuena en las sombrías ó acaso más luminosas regiones de la inconsciencia, y á cuyos ecos, y merced á las asociaciones naturales de esa idea con otras adquiridas, la fantasía se reanima, pónese en movimiento, y despiértanse y acuden ideas y recuerdos similares que, custodiados por la memoria, viven encadenados entre sí en los hondos abismos del espíritu.

Estos recuerdos se disocian y descomponen en sus elementos, cédense mutuamente atributos y colores, líneas y contornos, se desagregan y modifican y aparecen ante la conciencia formando combinaciones que corresponden, más ó menos armoniosamente, con la idea madre ó el propósito inicial; pero su modo de constituirse nos es desconocido. Nosotros no combinamos, provocamos la combinación, y los elementos se agrupan como las moléculas de la solución madre en torno del cristal, ó, según dice Ravaisson, como las piedras de la fábula en murallas y torres. Provocar asociaciones y esperar sus efectos: tal es la primera parte de la tarea; después, cuando las imágenes empiezan á presentarse, el juicio retiene unas, elimina otras, y va estrechando así el campo de su aparición; pero es tan pasivo el papel de la voluntad y de la conciencia y el juicio que, aun en esta concepción, todo lo más intencionada po-

sible, puede surgir una combinación que nos seduzca por su belleza ó su grandeza, pero que nos aleje mucho del propósito formado, y, sin embargo, entonces abandonamos el primero por el segundo; puede suceder que ninguna combinación nos satisfaga, y entonces quedamos reducidos á esperar otras nuevas, y aun puede ocurrir que estas otras nuevas no aparezcan, y entonces la obra no se realizará.

Y se comprende muy bien que así, cuando se desea alcanzar por la meditación un proyecto original y desconocido, como cuando se obtiene una idea cuyo alcance sobrepaja á nuestra propia inteligencia y á la experiencia adquirida, no puede la voluntad aplicarse á ella directamente, puesto que no la conocemos ni concebimos, y á toda volición consciente debe preceder una concepción del resultado.

El hombre de genio prepara, pues, el conjunto de condiciones que puede determinar la inspiración. Ya acude á saborear las obras de los grandes maestros, ya á contemplar los espectáculos de la Naturaleza, ya ingiere bebidas excitantes ó recurre á extravagancias inauditas; y esperando que al influjo de estos estímulos surja radiante la inspiración, busca el reposo, se rodea del silencio, se sume en la soledad, entra en meditación, y absorto en la contemplación de su idea, dominado por ella, fija la pupila é insensible al exterior, como si sus ojos miraran al espíritu y no al mundo, cerrados los sentidos á toda impresión perturbadora, perdida, por decirlo así, la noción de tiempo, pálida la mejilla, hundida la sien, agitado y convulso, víctima de angustiosas ansiedades y febriles estremecimientos, y mientras el cuerpo espera como olvidado aquel dramático desenlace, ve pasar ante su mente caótica confusión de líneas, contornos, colores, sonidos, imágenes, armonías, fantasmas, ruinas y mónstruos, halagüeños ó lúgubres, horribles ó bellos, entre los cuales está la idea, la idea deseada, que huye, ó se esconde, ó se disfraza, sorda á la invocación y á la súplica, arrastrada en vertiginoso torbellino de increadas maravillas que apenas no retener, que aumentan en número prodigioso, capaces de colmar todos los ideales, de realizar todos los sueños, de superar todas las grandezas y extinguir todos los dolores, y cuando una palmada en la frente indica que ya el

cuerpo vuelve á la vida, y aparece en los ojos una lágrima, como crisis de aquella fiebre, ó dolor del alumbramiento, ó madre de la inspiración, es que ya Stradella ha encontrado la plegaria que enternece todos los pechos y arranca todos los perdones, y Murillo ha visto la más pura de las castidades, y Milton ha penetrado en el Paraiso, y Kant ha sondado el espíritu, y Shakespeare el corazón humano, y Newton el sistema del mundo, y todos deploran la pérdida eterna de inefables grandezas fugitivas que ni ellos mismos volverán á soñar.

Mas antes de conseguir el anhelado triunfo, y como preliminar indispensable de su consecución, es necesario enamorarse, por decirlo así, de aquel ideal, hacer de él la constante señora del pensamiento y tenerlo presente en la vigilia y el sueño, como el loco dominado por la idea fija y víctima de la alucinación. La idea fija del genio, su delirio, es su ideal, que no lo abandona y que relaciona con sus impresiones y recuerdos todos; especie de llave que, á fuerza de probarse en todas las cerraduras, abre al fin las puertas del anhelado tesoro, y el genio la prueba una y otra vez sin desalentarse jamás; su tenacidad es inquebrantable. Leonardo de Vinci invirtió años en pintar su *Cena*, deseoso de que fuese realización exacta de su idea: Miguel Angel, encargado de trazar la tumba de Julio II, meditó muchos meses antes de ejecutar un solo contorno de su obra: diez y ocho años de perseverancia costó á Colón el logro de sus deseos: doce á Leibnitz su teoría de la sustancia activa: Goethe dejó pasar casi toda su vida entre el día en que concibió á *Fausto* y aquel en que lo dió á luz: Newton tardó catorce años en comprobar su hipótesis, y el insigne naturalista que duerme junto á él eterno sueño, publicó el primer bosquejo de su teoría después de veintiún años de profundas meditaciones.

No es, pues, extraño, que Virey atribuya las altas concepciones de Lagrange á esta perseverante contemplación; que Buffón defina el genio «una gran paciencia,» y Blair «una extrema atención interior,» y que Newton explique su inmortal descubrimiento diciendo que estuvo «pensando siempre en él.»

Todas estas definiciones son verdaderas: en ellas figura como elemento principal esa persistencia de la meditación,

esa convergencia de todas las energías mentales en torno de una idea, de un foco único, sobre el que actúan con vigorosa energía, apoyándose y robusteciéndose mutuamente y dando al pensamiento toda la potencia de que es susceptible.

Así se produce esa preocupación del ánimo que persiste mientras no se confirma la hipótesis ó se realiza la obra de arte. El hombre de genio se absorbe en su idea: todas sus facultades se ponen al servicio de esta tirana que esclaviza la voluntad, supedita la atención y monopoliza el sentimiento: es una especie de enajenado que suele olvidar su propio aseo, que incurre en distracciones inverosímiles, que no oye, que habla solo, palmorea su frente, entlaquece sin cesar, y lleva el extravío en la mirada, un delirio en la mente y amor á un imposible en el corazón. En este estado atraviesa Stuart Mill las calles de Londres, sin conciencia de lo que hace: Goethe habla de la teoría descensional cuando le preguntan por los sucesos políticos: Viete pasa tres días con sus noches sin tomar alimento: Arquímedes no se apercibe de que ha sido tomada Siracusa: Newton, quizás solo en el mundo, se olvida de amar, y entre tanto la idea, apoyada por el sentimiento, crece en la fantasía del artista ó del pensador, adquiere formas más perceptibles, se asimila todos los elementos que pueden nutrirla, toma proporciones gigantescas, cobra sin cesar más vida, hasta que tiene ya tanta, que puede existir con independencia: entonces sale seductora y deslumbrante de la frente del genio, se encarna en un cuerpo de palabras, de colores, de sonidos ó de piedra, y vuela al templo de la inmortalidad á presenciar desde allí cómo desfila á sus pies la corriente de los siglos.

Continuará.